

## CATEGORÍA A (E. PRIMARIA) MODALIDAD INDIVIDUAL

### “Otro mundo a la vuelta de la esquina” Violeta Monreal

#### Capítulo 1: La Casa de los Vientos

Muchas casas dan a dos calles, a tres, incluso a cuatro calles, pero existen pocas casas como la Casa de los Vientos.

La Casa de los Vientos se asomaba a dos mundos diferentes.

Desde los grandes ventanales, la Casa de los Vientos miraba al sur: se asomaba al corazón de la villa de Pandeayer; la plaza Grande, una plaza bulliciosa, llena de vida, de gentes que iban y venían ocupadas en sus quehaceres cotidianos.

Desde las ventanas más pequeñas, la Casa de los Vientos observaba el norte: se asomaba a la montaña Negra, una ladera solitaria y triste, marcada por sombras oscuras y repleta de antiguas viviendas-cueva abandonadas hacía tiempo.

Las casas del pueblo se espolvoreaban, como azúcar glasé, por la colina.

La cordillera de las Veletas abrazaba por la espalda a la villa, presumiendo orgullosa de su cima más alta: el Mulhamil, una mole siempre coronada por nieves eternas.

Pandeayer era el pueblo más próspero de la comarca de las Siete Villas, centro económico y turístico de todo el valle.

La Casa de los Vientos era un palacete ubicado sobre una pequeña atalaya. Se distinguía por su torre orgullosa sobre la que se alzaba una veleta de hierro negro.

La casa estaba rodeada por un jardín abandonado. Un gran muro de piedra impedía que nadie pudiera dejar caer sus ojos curiosos al interior.

Alma Envilo era la dueña y señora de la Casa de los Vientos. La mujer más rica de Pandeayer. Alma poseía todas las cosas que una persona imaginativa pudiera desear, incluso tenía dos o tres de cada una de esas cosas.

Cuando se estaba con Alma, no se podía dejar de mirarla: sonriente, atenta, muy delgada y muy bajita. Magnetismo, eso es lo que irradiaba Alma Envilo. Su ropa, como sacada de otra época, era diferente; su original melena corta, de color azul y unos ojos grandes, enormes, que cuando miraban, hipnotizaban.

Cuatro días a la semana, una señora entraba a trabajar en la casa. Se llamaba Prudencia Olvido y honraba a su nombre. La discreción era su forma de ser. Hacía tiempo que ya nadie le preguntaba en el pueblo sobre la vida de Alma Envilo porque todos sabían que les iba a contestar con un diplomático “No sé”, un seco “No seas cotilla” o un claro “¿A ti qué te importa?”.

En el transcurso del año, Alma se mantenía en un discreto anonimato; hacía lo que quería y lo que quería era estar sola.

Hasta que llegaba el día cinco de enero. Ese día, en la Casa de los Vientos se congregaban invitados de toda la comarca de las Siete Villas para celebrar la fiesta de invierno.

En esa fiesta, antes de las doce de la noche, Alma Envilo solía anunciar, con solemnidad, la empresa que iba a acometer cada año recién estrenado, para añadir, poco después, un “bueno, habrá que acostarse”, y la fiesta terminaba.

Normalmente donaba dinero para mejorar el pueblo. Un año lo daba para construir una nueva escuela, otro, para arreglar la Senda de la Serpiente hasta el Mirador de las Nieves. En años anteriores, el puente de piedra, las casas de colores de la feria de primavera...

La fiesta de invierno era todo un hito en la villa de Pandeayer. El día de la fiesta para los invitados y los días posteriores para todos los demás. Comentarios, cotilleos, habladurías, surgían sin parar. Pero este año no iban a poder hablar.